

EFICACIA Y ÉTICA

Una actitud muy difundida hoy tiende a poner de lado consideraciones éticas en aras de la eficacia, sobre todo en materia económica, política y militar.

Es comprensible la impaciencia del hombre de acción, que quiere obtener resultados palpables en su ámbito de operaciones y experimenta lo ético y lo legal (los derechos humanos de los demás, los procedimientos jurídicos, etc.) como rémoras u obstáculos para el logro de objetivos urgentes. Sin embargo, esta «óptica del corto plazo» acaba siendo a lo largo contraproducente.

La cultura moderna, eminentemente práctica, pretende que las diversas áreas que la componen —la política, la economía, etc.— se rijan cada una por sus propias leyes. El resultado es que la cultura se disgrega, y como consecuencia sucede lo mismo con la sociedad, que se convierte en la suma mecánica de individuos, y con el hombre mismo, cuya vida se transforma en una sucesión arbitraria de experiencias y proyectos sin relación verdadera los unos con los otros.

En realidad, en estos casos la ética no desaparece sino que es reemplazada por otra ética, esta vez implícita, no expresada, que pone como el criterio del bien y el mal, el éxito. Pero una ética así, al afirmar que el fin justifica los medios, permite y aun obliga a que los medios usurpen el lugar de los fines. Porque tanto la economía y la política sólo son medios. El fin de ellas es el hombre. Ya el Papa Pablo VI en su encíclica «*Populorum Progressio*» señalaba que la economía es para el hombre, y no al revés. El Papa actual, Juan Pablo II, nos recuerda con frecuencia que «El hombre es

el único ser que Dios creó en vistas a él mismo» y no como fin para otra cosa. Una sociedad y una cultura en las que el hombre queda reducido a la condición de medio, se vuelven profundamente deshumanizantes. La ética, precisamente, tiene como objeto señalarnos qué es lo que nos hace más, o menos, humanos.

Por lo tanto, si anteponeamos cualquier otra cosa a la ética, lo que lograremos es destruir el éxito fundamental de nuestras vidas, sólo para ganar éxitos parciales y efímeros.

La cultura moderna también ha buscado separar la ética de la religión. Sin embargo, una ética que no tiene un fundamento trascendente no puede ser ni objetiva ni universal, pues depende del parecer, o del gusto, de cada cual. Un falso sentido de la libertad la lleva al relativismo moral y a un permisivismo que abarca áreas cada vez mayores, y al final a un confusionismo donde nadie sabe qué es lo bueno y qué lo malo. La religión, por su parte, también se convierte en algo puramente subjetivo y sentimental, en un artículo de consumo más.

Jesucristo nos invita a reflexionar sobre nuestra vida como totalidad cuando nos pregunta: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?» (Mt. 16, 26). Así pues, lo económico y lo político y todo lo demás deben normarse por los principios éticos que provienen de la naturaleza misma del hombre, y en último término, de Dios que lo creó.

Recuerden pues los que están abocados a las actividades de la economía y de la política que aunque la obediencia a las normas éticas parezca introducir un problema suplementario a empresas de suyo ya difíciles, especialmente en la situación de crisis múltiples que vivimos, son precisamente ellas las que salvaguardan el sentido último de toda acción humana, incluyendo por cierto la acción económica y la política. Nos advierten para qué actuamos en último término. Si tenemos, pues, en cuenta estos principios éticos, la economía y la política dejan de centrarse en metas abstractas como la «reactivación» o la «pacificación» y adquieren rostro humano: los millones de hermanos nuestros a los que nuestras decisiones van a afectar.

Queremos terminar señalando que aunque lo que mueva estas decisiones económicas o políticas sea el bien, a la larga, de las grandes mayorías, no podemos implementar estas decisiones sin el consenti-

miento de los afectados. Estas mayorías están compuestas de personas que tienen sus ideas, sus temores, sus proyectos. Por lo tanto, al tomar una decisión que afectará a muchos —y esto lo decimos no sólo a los miembros del gobierno sino a líderes de empresas y grupos particulares, en cuyas manos está tomar esta clase de decisiones— debemos establecer con ellos un diálogo sincero y eficaz. Además, se debe tratar realmente que el llamado costo social sea el mínimo, y que esté proporcionalmente repartido, haciendo que el mayor peso lo lleven quienes son más capaces de soportarlo. Si se tiene que pedir un sacrificio por el bien común, sus fundamentos deben ser comprensibles y su aplicación creíblemente justa. El solicitar ese consentimiento a dicho sacrificio contribuirá a humanizar más a todos reconociéndolos como agentes conscientes de la vida social común.

Que nuestro Señor Jesucristo, modelo supremo de hombre y Rey Universal, que vino a servir y no a ser servido, nos dé su gracia de luz y de fuerza moral para aprender de Él a ser más humanos, más fraternos y más auténticamente servidores los unos de los otros. Sólo así nuestra querida patria saldrá adelante y podremos vivir una paz auténtica.

Los obispos del Consejo Permanente del Episcopado Peruano

Lima, 3 de abril de 1992